

ULALUME GONZALEZ DE LEON

EL CUENTO DE LA PULSERA CHINA

Cuando Aurelio Asiain me dijo que ilustrarían la portada de *Vuelta* con *La jungla* de Wifredo Lam, recordé al murciélago que tal vez nadie vea en ese cuadro, y escribí lo que sigue. Habrá quien lo juzgue excesivo en rarezas; pero también quien reconozca que la realidad es tan copiosamente mágica para los que prestan atención a sus signos como parca con los distraídos.

El cuento

Encontrada a principios de 1958 en uno de los puestos callejeros que montan en domingo los anticuarios de La Lagunilla, mi pulsera china fin de siglo me atrae y me rechaza al mismo tiempo. Es una argolla recubierta de esmalte y engastada en una cinta interior de plata cuyos bordes se doblan hacia afuera lo justo para afianzarla. La llamaría tierna si sólo pensara en sus colores (los de Matisse en *Marguerite au chapeau de cuir*): combina el gris de esa plata que el uso volvió lunar con el intenso azul celeste y el violeta brillante del esmalado. Pero lo que en ella se recorta en violeta sobre azul es una ronda de seis murciélagos alabiertos de tal ajenia que me desazona.

Durante todo aquel año me pregunté para qué la había comprado si no me la ponía. Cuando buscaba algún adorno en el cajón de las alhajas e invariablemente me detenía a observarla, no podía evitar la sensación de ser observada a mi vez. Sentía luego como que la más remota de sus dueñas, china por supuesto, me anunciaba irónica, sin voz y desde ninguna parte: "Nunca será del todo tuya". Imposible voltear hacia ninguna parte; pero también sin voz (y con toda cortesía: como Mrs. Otis al fantasma de Canserville) le preguntaba: "¿Por qué?". Y la ya muda callaba más. Ya que esto sucedía en plena luz, acabé por comprender que había escogido mi oscuridad interior como sitio de sus apariciones. Era tal mi disgusto ante tantos abusos de confianza, que sólo por contradecir su predicción vencí en dos o tres ocasiones mi renuencia a usar la pulsera. La última, y la única fechable, fue la de nuestro encuentro con Wifredo Lam en diciembre del mismo año.

Teodoro y yo vivíamos entonces en la casa colonial, reconstruida sobre los gruesos muros de adobe de las caballerizas de Diego de Ordaz, del 28 de la calle Francisco Sosa. Caminábamos una tarde hacia ella desde el centro de Coyacán, cuando dimos con María Antonieta Domínguez y su acompañante, de rostro entre africano y oriental. Apenas

nos fue presentado, Teodoro exclamó: "¡Claro!... ¡Wifredo Lam!" —ambos conocíamos sus fotos, pero yo nunca tendré futuro como fisonomista. "Tiene algo de chino, ¿verdad?", pregunté en voz baja a nuestra amiga. Poco después tomábamos en casa un café y Antonieta se lo repetía: "Ulalume quiere saber si tienes algo de chino". No sé qué cara puse yo, que se rieron todos de mí; pero sé que aquella indiscreción creó una inmediata intimidad. Aunque Antonieta tuvo que irse porque la esperaba un ensayo de teatro, sentimos que nos dejaba con un viejo amigo. Y siguió una animada conversación a tres voces que acabaría de madrugada.

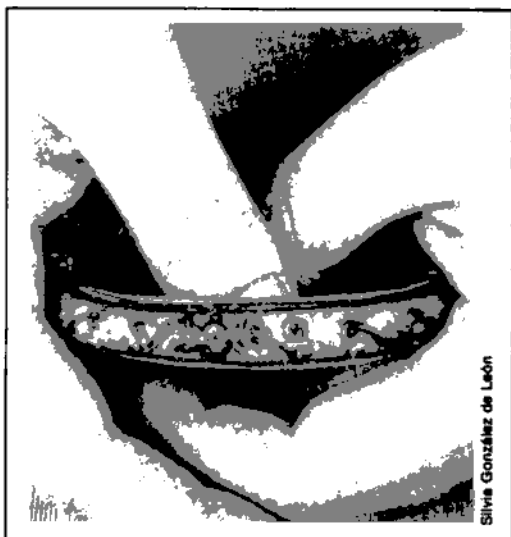
"Soy cincuenta por ciento chino", dijo Wifredo; "mi otra mitad es una mezcla de esclavos negros, conquistadores, y hasta algún indio." Lo que más se me grabó de su madre, que era mulata, es la historia terrible que le contó de niño y que fue su primera lección de orgullo negro y sentido de la dignidad humana: tenía entre sus antepasados a un mestizo descendiente de la familia castellana Cabeza de Vaca y del que sólo recuerdo el apodo, "Mano Cortada"; esclavo emancipado y pequeño agricultor, tuvo una riña con un español que intentaba despojarlo de sus tierras, lo mató de un puñerazo, y le cortaron en castigo la mano derecha. El chino, era su padre: un mercader llegado a Cuba (vía México) a fines de siglo. Se llamaba Lam Yam, "el hombre de la montaña rugosa que mira el cielo". Era educado, buen conocedor de los dialectos de su tierra natal, y exquisito calligrafo: su cuarto de Sagua la Grande estaba decorado con los papeles de colores en que copiaba pensamientos de Confucio y Lau-Tse. En esa aldea nació Wifredo en 1902. Lam Yam lo engendró a la edad de ochenta y cuatro años y murió a los ciento cuatro.

Fue a esas alturas cuando recordé que llevaba puesta la pulsera. Parecía decirme: ¡Preséntame!", y la enseñé a su lejano primo. Este observó que tres de los murciélagos, intercalados entre los restantes, aparecían invertidos. "Como en un efecto de linterna mágica", dijo. No entendí inmediatamente, pero él ya nos explicaba: "Lo que pasa es

EL CUENTO DE LA PULSERA CHINA

que me acordé de mi murciélago, ¿saben?: la *gran* experiencia de mi vida". Oír aquello y descubrir *para qué* había comprado mi pulsera, fue todo uno. Tuve que mordirme los labios para no interrumpir su historia, que resumo aquí. Una mañana, cuando tenía cinco años, Wifredo se quedó hasta muy tarde en su cama, mirando un murciélago que dormía colgado del techo *cabeza abajo*. La ventana estaba herméticamente cerrada y la oscuridad era casi completa; pero en la calle era tan fuerte la luz, que logró filtrarse por una rendija y convirtió al cuarto en linterna mágica. Aquello era un teatro de sombras movilizadas que se sucedían renovando las formas reconocibles, pero invertidas, de todo cuanto desfilaba allá afuera: gente, vehículos, animales. El niño se sintió muy solo y mareado. Y le parecía ser una sombra más, perder cuerpo, disolverse, cuando despertó el murciélago y se puso a volar como loco, ruidoso y real entre todo aquello. "Entonces recobré mi realidad", concluyó Wifredo-hombre; "más: tuve por primera vez la conciencia de *estar aquí*".

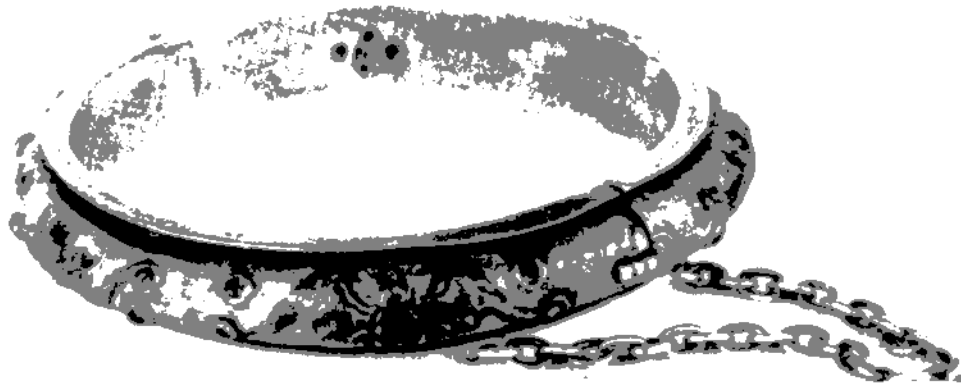
No sé si él esperaba algún comentario profundo sobre el *ser* y el *estar*, pero yo ya había incorporado su murciélago a otra zona de la realidad y exclamé: "¿Te das cuenta, Teodoro?... *Lógicamente*, si compré la pulsera de los murciélagos fue para que nos encontráramos con el hombre del murciélago!" En seguida conté completo, hasta su *lógico* final, lo que ya se me transformaba en "El cuento de la pulsera china". Hasta oí estallar a mi fantasma, ¡plop!, como una burbuja. Pero el cuento se resistía a terminar: ahora era Wifredo quien ponía en entredicho mi propiedad. "¿No crees que tengo derecho a la mitad de la pulsera?" Y para mostrarnos que él también sabía andar por *mi zona*, añadió (sancionando de paso el uso que yo daba a ese adverbio): "*Lógicamente*, sin mi murciélago los tuyos no tendrían ningún sentido". No tardé en alegar que *otras* circunstancias me conferían el mérito del encuentro (lo más probable es que yo hubiera reparado poco antes en ellas, pero sin asociarlas todavía a mi historia): "Tu murciélago fue imantado por mis otros seis porque eran necesarios siete para el encuentro: ¿no ves que Wifredo, Teodoro, Ulalume son nombres de siete letras? Además cada diciembre es aniversario de mi encuentro con Teodoro, que fue bastante más mágico..." (me interrumpieron abucheos), "y necesitábamos otro encuentro fuera de lo común para celebrarlo. Y



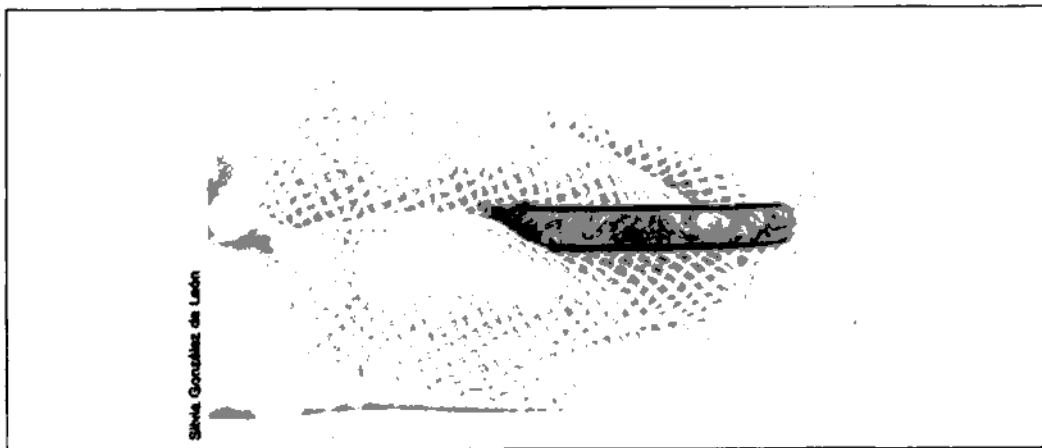
Silvia González de León

por último, el primer libro que él y yo compramos apenas nos conocimos tiene *justamente* reproducciones de tus cuadros y hasta una foto tuya: ¡allí está!". Con una sonrisa de oreja a oreja, Teodoro fue a tomarlo de su anaquel al tiempo que Wifredo decía: "¡Me rindo! ¡La pulsera es tuya!... Pero ¿de dónde sacaste todo eso último?" Le respondí que, para mí, se trataba de inspiración, como cuando uno escribe un poema: nos *llega* sólo aquello cuya llegada inesperada se ve favorecida por nuestra disponibilidad, nuestro deseo, nuestra atención a los signos de convivencia del mundo. Lo inesperado es lo esperado.

Aunque en seguida traté de contar mi "encuentro más mágico", Teodoro propuso un intermedio: "Vamos a ver primero el libro, ¿no?" Era el grueso volumen de un *Cabiers d'Art*, el número 21-22. Comentamos los textos que incluye sobre Lam, uno de Césaire y otro de Breton, escribimos el significado de "Lam Yam" en un margen para no olvidarlo; pedimos a Wifredo que nos firmara su retrato; repasamos sus cuadros... "¡Ni un murciélago!", comenté. "¡Cómo que no!



Silvia González de León



Silvia González de León

respondió él señalando el ángulo superior izquierdo de *La jungla*. "¿No ves aquí uno, detrás de las hojas?"... ¿Y quién negaría lo invisible?"

Ahora que vuelvo a ponerme la pulsera china para escribir estas líneas, me parece sacarla al mismo tiempo de su estuche, de entre las hojas de *La jungla* y de mi colección de "lo esperado/inesperado".

Paréntesis: dos textos de Lam

La jungla. — Ya nos había dicho Lam, en 1958, que su jungla era imaginaria, tal vez el infierno, y que la pintó en 1942-43 conmovido ante la gran miseria de los negros cubanos. Ahora, hojeando el *Wifredo Lam* de Max-Pol Fouchet (traducción al inglés, Rizzoli, New York, 1976), recién llegado a mis manos y no leído todavía, doy con una cita de las palabras con que el artista evoca ante el autor ese cuadro:

Quando la estaba pintando, las puertas y las ventanas de mi estudio estaban abiertas y los que por allí pasaban podían verla. Se gritaban uno al otro: "¡No mires! ¡Es el Diablo! ¡Y tenían razón. Uno de mis amigos dice que, en espíritu, esa obra está muy cerca de ciertas representaciones medievales del infierno.

En todo caso, su título no tiene nada que ver con el paisaje real de Cuba, donde no hay junglas sino bosques, colinas y campo raso; sólo al fondo aparece una plantación de caña de azúcar. Mi pintura fue hecha para comunicar un estado de ánimo.

Creo que desde la infancia había en mí algo que me estaba llevando a pintar ese cuadro. El aduanero Rousseau, como usted sabe, pintó la jungla en *El sueño*, *El león hambriento* y *Los Alpes*, con grandes flores y serpientes. Era un pintor extraordinario, pero no de la misma clase que yo. No condena lo que sucede en la jungla. Yo sí. Mire usted mis monstruos y los gestos que están haciendo. El de la derecha adelanta el trasero, obsceno como una puta. Vea también las tijeras en el ángulo de arriba a la derecha. Mi idea era representar el espíritu de los negros en la situación por la que pasaban entonces. Eché mano de la poesía para mostrar esa realidad de resignación y protesta.

Breton en Haití. — Wifredo tuvo con Breton una amistad de veintidós años. El nombre del poeta surgió varias veces en nuestra conversación del 58, una de ellas a propósito del texto de *Cahiers d'Art*, escrito originalmente para la exposición de Lam en Puerto Príncipe (1946), e incluido luego entre los poemas de *Xénophiles*: "De noche en Haití", comienza, "las sucesivas hadas negras alzan a siete centímetros por encima de los ojos las piraguas del Zambeze, los



Silvia González de León

fuegos sincrónicos de los bornes"... Lam comentó: "En Haití, no todo fue 'hadas' e inspiración poética para André; y nos contó la misma anécdota que Fouchet recoge así en su libro:

Las ceremonias de Cuba no pueden compararse con éstas, que son prodigiosas. Una de ellas comenzó al crepúsculo y acabó cerca de las cinco de la mañana. Incluía sacrificios de animales y un llamado a los muertos. Mujeres vestidas de blanco bailaban en estado de trance. Los tambores, enormes, nos ensordecían. ¡Que frenética, qué salvaje belleza! Nada intelectual: de piel adentro. Una emoción humana absolutamente al desnudo. Pero a André le pareció intragable el espectáculo y empezó a sentir náusea. No pude menos de gastar algunas bromas amistosas a quien había escrito que "la belleza debe ser convulsiva" para ser verdadera belleza.

Epílogo

Cuando hablamos de Breton, Wifredo dijo que mi pulsera le recordaba sus "trouvailles", esos objetos hallados como por un azar cuya existencia se mezcla luego a nuestras vidas como con alguna finalidad misteriosa; y dijo del encuentro provocado por ella... Bueno, hablo de ese enredo sin solución que consistiría en determinar si los encuentros sorprendentes, y no sólo el que llamaríamos *capital* ("Al rato cuentas el de ustedes", añadió), nos parecen fortuitos o necesarios. Yo no conocía entonces ni la encuesta de "Minotaure" ni *L'amour fou*; sólo había leído poemas de Breton y su *Primer Manifiesto*. Dije que con eso de "lo inesperado/esperado" respondía tal vez a aquella pregunta y que, aunque me fascinaban las discusiones filosóficas sin futuro, esa fantástica gimnasia por la gimnasia, me llenaba más prescindir de explicaciones, limitarme a *racibir*. Dios, por ejemplo: no tiene futuro la discusión de su existencia; Supervielle dice que no cree en él pero que le habla, y dice en otro poema que "cuando nadie lo piensa el mar ya no es el mar": Dios existe en cuanto lo pensamos o lo recibimos. Lo mismo los fantasmas. Tampoco se necesita ser supersticioso para vivir "prodigios" sino esperarlos como parte de la realidad. (En un prólogo que entonces no conocía aún, Borges dice que los chinos son supersticiosos; pero también dice que sus grandes novelas "abundan en prodigios, precisamente porque son realistas y lo prodigioso no se juzga imposible, ni siquiera inverosímil".)

"Yo también soy mitad cartesiano y mitad abierto a lo irracional", dijo Wifredo, "pero en otro estilo: tal vez el de mi madrina Mantonica Wilson... De niño vi arder un hechicero en el incendio de su bohío, y vi escapar su alma en forma de caballo". Aquella madrina, que era hechicera y curandera, había tratado (sin éxito) de convertirlo en su sucesor. Lo llevaba a ceremonias que los familiarizaron con ritos del Congo y de Dahomey, y a *limpias* en que frotaba al enfermo con una moneda española invocando ya no sé a cuál divinidad yoruba. El niño vivió entre conversaciones sobre los muertos, enjambres de seres invisibles, redobles de tambores rituales. Pero lo que más temía era su propia imaginación. Nunca vio fantasmas: los inventaba. Y tenía miedo a la luna y un miedo, mezclado de atracción, a los espejos —en los que siempre veía su imagen desdoblada, hasta que el otro Wifredo se esfumó al cumplir éste los dieciocho años.

Ni siquiera en lecturas de literatura fantástica nos habíamos asomado a aquel mundo: "Es otro mundo", dijo Teodoro. "Pero no me asimilen al Breton que no conozco, ni excluyan por completo al mundo de Wifredo", dije yo. "Todo comunica con todo. Su "alma en forma de caballo" es esperada/inesperada. Si Lam no se hizo brujo, o si borró a su doble del espejo, es porque dejó de *esperar* cierta clase de prodigios". "O porque canalizó sus poderes hacia la pintura", añadió Teodoro, y Lam lo aprobó. "Con lo esperado/inesperado", seguí, "hago también una distinción —que Breton no hace— entre dos clases de acontecimientos: felices y no felices. Nadie suele *esperar* los no felices. Por ejemplo, es sorprendente que mi abuelo materno Teófilo Iglesias y sus diecisiete hermanos, grandes cazadores todos, hayan sido heridos sin excepción, y cinco de ellos de muerte, en partidas de caza o mientras limpiaban armas de fuego. Yo nunca *esperé* heredar su don de atraer balas, ni tampoco la todavía más fantástica fecundidad de la bisabuela que terminó de parirlos a los cincuenta y seis años; pero los Iglesias, como lo confesó mi abuelo a mi madre, *esperaban* ese destino desde que vieron caer a los dos primeros de la serie".

A manera de prólogo a mi encuentro "más mágico", seguí contando que ésa y otras historias reales de mi familia, me habían infundido desde la infancia la certeza de vivir algún día cosas semejantes. A uno de mis antepasados le salvó la vida un fantasma al que ni siquiera llegó a ver: cabalgaba una noche de regreso a su hacienda, ajeno a que allí lo esperaran enemigos políticos dispuestos a degollarlo; cuando su caballo se encabritó, relinchó, y se empeñó en volver camino atrás sin que él consiguiera dominarlo ni entender qué sucedía; tuvo que ceder, pernoctó en el pueblo cercano, y sólo al regresar a su casa por la mañana supo del peligro eludido —el enemigo se había retirado— y "descubrió" de pronto que el incidente salvador había ocurrido al pie de cierto árbol: donde mandara enterrar, obedeciendo su última voluntad, a un peón muy querido que en vida lo aguardaba en aquel sitio cada noche.

Había más: la aparición-aviso de un moribundo a un ser querido de viaje, sueños premonitorios, transmisiones de pensamiento. Pero pasé a mi primera experiencia en la línea familiar, que tuve en París a mis dieciséis años: algo que sin duda fue preparándose desde el minuto de mi encuentro *capital*, o reconocimiento del amor a la luz del *coup de foudre*, y que sobrevino dos días más tarde, como consagrando ese encuentro. Soñé que viajaba con Teodoro en un gran barco y que su capitán le entregaba una carta, que él me daba a leer. Soñé *cada palabra* de esa carta: venía de México, estaba firmada "Elena", la remitente anunciaba el envío de cigarrillos americanos de regalo, decía que estaba arrepentida de no haberlo acompañado a Francia... Cuando conté a Teodoro mi sueño, sacó la carta de su bolsillo y volvió a tendérmela en plena vigilia, bastante desconcertado (creo que su rostro reflejaba lo que sólo ahora, ya leído *L'amour fou*, puedo llamar "una mezcla de terror y de júbilo pánico"). "Y vendimos los cigarrillos", dijo Teodoro a Wifredo, "e hicimos nuestro primer viaje juntos al Mont Saint Michel..." "Que también se llama *La Merveille*, y tú me llamaste "la maravilla", dije yo, "y la emisaria de la carta desapareció haciendo ¡plopl! como la fantasma de mi pulsera china".*